

» dole, invocaremos contra él el cielo y la tierra. Dios, que es » sobre todos los reinos y que los da á quien le place, pelearia » en nuestro favor. » Felipe Augusto habia aprendido á no luchar contra un papa; inmediatamente llamó á su hijo, y se concluyó la paz entre ambos reinos, en 1218, bajo los auspicios del soberano pontífice.

4. El valor de Luis de Francia halló muy pronto un teatro digno de él. Honorio III le abrió un campo glorioso, incitándole á apagar los últimos restos de los Albigenses en el Languedoc. Ramon VI, despues de su sumision en el concilio de Letran, regresó á Tolosa. Podian ser rectas sus intenciones personales, pero nadie se constituye impunemente jefe de partido. El regreso del anciano conde habia despertado las esperanzas de los Albigenses; y se manifestó una reaccion formidable en el Languedoc contra Simon de Montfort, que en 1218 murió como héroe en el sitio de Tolosa. Honorio III concertó con Felipe Augusto medidas enérgicas para contener en fin una herejía que desde medio siglo hacia derramar torrentes de sangre cristiana. « La potencia secular, escribia el papa al rey » de Francia, está obligada á castigar á los rebeldes con las » armas temporales, cuando no bastan para contenerlos las » armas espirituales. Debeis á vuestra gloria y á vuestro título » de príncipe cristiano el librar á vuestro reino de esos enemigos obstinados de la fe. Contamos con vuestra piedad para » tan grande empresa. » Fué convenido espontáneamente entre Felipe Augusto y el soberano pontífice, que seria hecha con nuevo vigor la guerra contra los Albigenses, y que el príncipe Luis de Francia dirigiria en persona las operaciones. Santo Domingo quedó encargado de inquirir y buscar á los herejes, y denunciarlos al poder secular si se obstinaban en sus errores.

5. Esto no era sino dar forma estable á las doctrinas emitidas por Lucio III; era, en una palabra, constituir un tribunal de Inquisicion. Inocencio III ya habia dado una mision muy análoga á su legado Pedro de Castelnau. Hay que notar aquí dos hechos importantes: 1º la Iglesia, cuyo poder es esencial-

mente espiritual, no castigaba por sí misma á los herejes. Santo Domingo quedó encargado de usar con ellos de las armas de la persuasion: la fe combatia al error; la santidad luchaba contra la herejía; la Iglesia estaba en su derecho y no hacia sino cumplir con su deber. Pero los Albigenses no eran simplemente herejes: eran además, y sobre todo, rebeldes armados contra el orden social: falsas doctrinas les ponian las armas en la mano; y la Iglesia no podia sola contra los insurgentes. Hé aquí porqué habia de entrar en turno la justicia civil cuando se habian frustrado los medios pacíficos. La Iglesia les abria desde luego su seno como madre tierna y amante: si se negaban á escuchar su voz, caian bajo el imperio de sus jueces temporales. A los ojos de la sociedad, á quien habian ultrajado, el arrepentimiento y la abjuracion eran título suficiente á su misericordia: era un medio de correccion y salvedad que ofrecia á los acusados la legislacion de la edad media, mucho mas humana en este particular que las nuestras, que se desentienden de tal medio reconciliante. — 2º La Inquisicion no era obra exclusiva del papa: Felipe Augusto la establecia con él. Tenia pues esta institucion un doble carácter, circunstancia que no se toma en cuenta hoy. En lugar de un tribunal puramente militar, á cuya jurisdiccion hubiera podido enviar Felipe Augusto la causa de aquellos revolucionarios, tomados con las armas en la mano, prefirió el monarca, llevado del espíritu de piedad y misericordia, conforme á las costumbres de su tiempo, hacer que la persuasion evangélica precediese al rigor de las leyes. El castigo no recaia pues sino sobre reos endurecidos. La pena, cuando habia lugar, era impuesta y aplicada por un tribunal civil segun las disposiciones ordinarias de la legislacion contemporánea: y así la forma de los suplicios, variable segun las épocas y países, era la misma que para los demás crímenes. Todas las declamaciones furibundas contra la Inquisicion caen de su peso ante estos dos hechos. — La Inquisicion fué de tal modo una institucion política, que la veremos establecer mas tarde en España á pesar de las reclamaciones de Sixto IV, que veía en ella una cuasi-usurpacion

de los derechos de la Iglesia; y que su existencia en la república de Venecia fué un medio exclusivo de gobierno casi sin ningun carácter religioso. — En derecho, el conde de Maistre ha demostrado que los gobiernos pueden y deben asegurar el reposo con medidas legales contra todo perturbador del orden público. En España, país en que la fe católica habia tenido que conquistarse á sí misma durante ocho siglos de combates contra Moros y Judíos, todo lo que podia alterar la unidad de la fe era un daño grave para el Estado. Y hé aquí porqué Fernando el Cático estableció en 1481 penas tan severas contra los herejes de toda clase. Discútase en hora buena el valor de esta política y la legitimidad de los actos de este rey; mas cualquiera que sea la decision, en nada concierne á la Iglesia. Se preguntaba á los inquisidores: « ¿ Es herejía profesar tal ó tal » doctrina? » Y se castigaba á los herejes como enemigos de la sociedad. Tal fué el verdadero carácter de la Inquisicion.

6. Felipe Augusto no vió el fin de la cruzada contra los Albigenses. Murió en 1223 con el renombre de grande y venturoso monarca. Su última disposicion testamentaria fué en favor de la reina Ingelberga, que él llamaba *su amada esposa*; Luis VIII, llamado el Leon, le sucedió. Con un ejército de cien mil hombres vino á poner sitio á Aviñon; se apoderó de ella, sometió á toda la provincia del Languedoc, y murió como héroe cristiano en el asalto de la villa de Montpensier, en 1226. El trono de Francia pasó á un niño de doce años, cuyo advenimiento saludó toda la Francia, bajo el nombre de Luis IX, y que la Iglesia ha colocado en el número de sus santos. Cada época histórica tiene un hombre que la represente. San Luis es el hombre modelo de la edad media; es un legislador, un héroe y un santo. El tiempo en que vivió realzó mas su gloria por el contraste de ingenuidad y sencillez de este tiempo. Sea que san Luis combata en Saintes, ó en Masura; sea que en una biblioteca dé cuenta de la materia de un libro á los que se lo preguntan; sea que dé audiencias públicas en los estrados de la Puerta, ó bajo la *encina* de Vincennes, sin *ujieres ni guardias*; sea que obre como árbitro entre príncipes extranje-

ros que le nombran su juez; sea que muera en las ruinas de Cartago, no se sabe qué mas admirar en él: si lo caballero, lo juez, lo patriarca, lo rey, lo cristiano, ó lo capitán. Una mansedumbre encantadora, una igualdad de ánimo inalterable, grande amor por la justicia, singular aplicacion á precaver toda perturbacion ó á disipar los disturbios desde su mismo origen, mas sobre todo una tierna y sólida piedad: hé aquí lo que le ganó los corazones de todos. Magnífico á su tiempo, sabia unir los deberes de la grandeza con sus gustos de sencillez personal. Despues de haber dado la mayor parte de su tiempo á los negocios del Estado, se complacia con la sociedad de los sabios. Vicente de Beauvais (*el Belovacense*) era su bibliotecario; y santo Tomás de Aquino comió mas de una vez con él. Cuando al pié de los altares ensanchaba su corazón hácia Dios, se le hubiera tomado por un ángel arrodillado ante el Excelso. « Los hombres son bien extraños, decia algunas » veces. Se me hace como un delito el que haga oracion asi- » duamente; y no dirian una palabra si perdiera horas ente- » ras en juegos ó en cazas. » ¿ Qué diria nuestro siglo, si insistiéramos en lo que respecto de sus austeridades refieren unánimemente sus historiadores? ¡ Qué contraste, en efecto, entre las costumbres de nuestro siglo y las de un jóven rey, ceñido de un cilicio, entregando su cuerpo á todos los ejercicios de la penitencia, visitando los hospitales, sirviendo él mismo á los pobres y enfermos con un celo, cariño y humildad que solo puede inspirar la religion! Luis, animado por las sublimes consideraciones de la eternidad, superior á toda molice y delicadeza, fué siempre hijo digno de la reina Blanca de Castilla, que le decia: « Hijo mio, ¡ Dios sabe cuánto te quiero! » Sin embargo quisiera mejor verte muerto que reo de un solo » pecado mortal. » La minoría del jóven rey fué borrascosa; pero la prudente habilidad de la regenta, Blanca de Castilla, supo conjurar los peligros, reunir y someter á los rebeldes, y preparar un reinado que será eterna gloria de la Francia, de la Europa cristiana y de la humanidad entera. Ya desde 1228, Ramon VII, el Jóven, que habia sucedido al viejo Ramon VI,

su padre, conde de Tolosa, abjuró solemnemente la herejía de los Albigenses, y prometió reconocer la soberanía de Luis IX. Descalzo y despojado de todas las insignias de su dignidad, el conde vino á postrarse ante el cardenal de San Ángelo, legado del papa, y recibió la solemne absolucion de las censuras eclesiásticas en que habia incurrido. Concluyó pues definitivamente la guerra de los Albigenses; y su desenlace hizo dar un gran paso á la grandeza de la Francia. Se estableció una saludable fusion entre las provincias del mediodía y del norte, divididas hasta entonces por lenguaje y costumbres; y se extinguió en fin un foco siempre dispuesto á encender discordias y guerras.

7. Honorio III no alcanzó el feliz término de estos acontecimientos, pues que habia muerto en el año anterior, 1227, en el momento mismo en que el emperador de Alemania, Federico II, volvía á comenzar la lucha de los príncipes de la casa de Hohenstaufen contra la Iglesia. Su pontificado habia sido en cierto modo el complemento del de Inocencio III. El siglo XIII, tan fecundo en santos y gloriosos hechos, presenta durante los dos pontificados pasados una verdadera cosecha de grandes hombres y santos. Sentimos no poder citar aquí sino nombres, sin acompañarlos de detalles. [San Fernando, rey de Castilla, tío carnal de san Luis, y no menos santo y heróico, aunque mas afortunado que él; el famoso Rodrigo Jimenez, arzobispo de Toledo, santo prelado y sabio cronista é historiador]; los beatos Gil, Bernardo de Quintoval y Pedro de Catane, discípulos de san Francisco de Asis; san Ceslao y san Jacinto de Polonia; san Antonio de Padua, y san Raimundo de Peñafort, discípulo de santo Domingo; san Edmundo, arzobispo de Cantobery; santa Verdiana de Florencia, santa Zita de Luca, y la beata Margarita de Lovaina, todas tres mozas de servicio; san Conrado de Baviera; santa Hedwigis, duquesa de Polonia, y otros muchos santos y santas, formaban entonces la guirnalda de santidad y virtudes en la Iglesia. San Juan de Mata y san Félix de Valois fundaron la orden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos en el Oriente; y san Pedro No-

lasco, de Carcasona, fundó en Barcelona con el mismo objeto la orden de Nuestra Señora de la Merced, piadosas y nobles instituciones que habia hecho nacer la caridad cristiana, y cuyos miembros seguian las cruzadas [ó se introducian entre los Sarracenos] para enjugar las lágrimas de los infelices cautivos, á quienes abrian las puertas de su patria [y daban libertad, muy frecuentemente, con la esclavitud voluntaria de sus propias personas en rehenes].

§ II. PONTIFICADO DE GREGORIO IX (18 de marzo de 1227-21 agosto de 1241).

9. El cardenal Ugolini, de la ilustre familia de los Conti, tenia más de ochenta años cuando fué elegido para suceder á Honorio III en 18 de marzo de 1227; pero el espíritu de Inocencio III animaba su vejez. Celo y energía, prudencia consumada, sagacidad y penetracion, ciencia vasta y universal, destreza en el manejo de los negocios, elocuencia persuasiva, carácter firme, nobleza de sentimientos, en una palabra, todas las cualidades que constituyen á los hombres grandes se hallaron reunidas en el nuevo papa; y Dios le dió tiempo para hacerlas servir á la gloria de la Iglesia y á honra de la Santa Sede. Tenia que verse en lucha con un adversario no menos temible que Federico Barbaroja y Enrique II. La ambicion de los Hohenstaufenes, sus proyectos de desmesurada grandeza, su quimera de monarquía universal, se habian como encarnado en Federico II, pupilo ingrato de la Iglesia, de la que se mostró mas tarde su mas encarnizado enemigo. Emperador de Alemania y rey de Sicilia, Federico II ofrecia en su persona un contraste ó conjunto de cualidades y vicios los mas opuestos entre sí. Igualaba en valor á sus antecesores y les superaba en luces. Cultivaba la poesia provenzal, ó *romance*, y se hallan en sus versos sensibilidad, fuego y armonía. La dignidad de sus maneras estaba atemperada con la dulzura y afabilidad de su trato. Educado por maestros hábiles escogidos por Inocencio III, ningun ramo de conocimientos humanos le era extraño. Pero con estos dones de un entendimiento y espíritu superior